

ceptaban. Tantos desastres causaron tedio á Bonaparte, el cual habiendo llegado á entender lo que pasaba en Francia y los deseos y planes de sus amigos, resolvió regresar á toda costa á Europa saliendo de Egipto con dos solas fragatas, acompañado de Berthier, Lannes, Murat, Andreossi, Marmont, Berthollet, Monge, y desertando con gran secreto del ejército que le había sido confiado, tan solo para correr en pos de la fortuna. Al cabo de pocos días anunció el telégrafo á los parisienses que Bonaparte había llegado á Frejus (Octubre de 1799). El entusiasmo, la curiosidad, un suceso tan inesperado le convirtieron á los ojos de la nación en una divinidad. Bonaparte entre tanto vuela á la capital de Francia donde le esperaba un consejo de guerra ó un trono; pues el Directorio habría podido castigarlo como desertor ó como infractor de las prescripciones sanitarias. Pero todos le aclamaron como salvador, y en los teatros se anunció su vuelta; las campanas, los fuegos artificiales y las salvas de artillería lo festejaron, y él ofreciendo al Directorio su espada, juró no sacarla jamás, sino en defensa de la república. La necesidad de orden, de medidas fuertes y resueltas, y de unidad, el deseo de adherirse á alguna persona y de depositar en ella su confianza, ya que las ideas eran vagas é inestables, tenían á la sazón los ánimos perplejos en Francia; por lo cual todos se apiñaron al rededor de Bonaparte. Los desventurados le invocan como su único apoyo, los que han perdido sus empleos descubren en él al vengador de sus derechos, y finalmente, los débiles que admiran siempre los actos atrevidos, aplauden en Bonaparte al hombre resuelto, cuyas hazañas referidas parecían uno de los cuentos árabes de las mil y una noches. Los Brutos esperaban por su medio recobrar el poder, no renunciando, sin embargo, al derecho de matar después al César; los moderados querían que la reforma se efectuase por un hombre de energía y capaz de afianzarla; los intrigantes esperaban pescar en río revuelto y sacar ganancia en un nuevo trastorno, y hasta los realistas soñaban con que Bonaparte restableciera el trono de sus antiguos monarcas. El, sin embargo, conservaba entre aquella variedad de intereses y entre la oscilación de los partidos, un egoísmo decidido y profundo que tenía en su abono la fortuna y el arte que poseía aquel gran capitán tanto en conocer como en aprovechar la ocasión. Ofrecieronle sus servicios Talleyrand, siempre el primero en volver la espada al sol poniente, y el sagaz Fouché, es decir, la diplomacia y la policía. Bernadotte, que había dejado su cartera de ministro de la guerra, manifestándose cada vez más adherido á la república, no veía salvación para la libertad sino en el jacobinismo; pero todos los demás generales como Beaumarchais, Berthier, Duroc, Marmont, Lannes, Murat, Bourienne, futuros mariscales y reyes, y hasta Augereau, el ardiente repu-

blicano, se unieron á Bonaparte, su antiguo jefe ó colega: Massena y Brune estaban en campaña. Los oficiales retirados y los antiguos soldados quisieron también coadyuvar al triunfo del orden militar sobre el civil. En resolución el genio arrastra siempre en pos de sí á las medianías.

No se había profundizado aún la prudencia de Bonaparte en el arte de gobernar; pero nadie desconocía que era afortunado, y esto bastaba. Necesitándose, pues, un hombre que diese unidad é impulso á tanta variedad de movimientos, se fijaron en él todas las miradas, porque se le creyó á propósito para el caso. Todas las esperanzas se fundaban en Bonaparte, y todos buscaban su dictámen; pero él que se conocía hombre necesario, sabía esperar la ocasión meditando entre tanto los medios de constituir la república tan sólidamente, que nada tuviese que temer del choque de las facciones. Por entonces su ambición se limitaba á lograr un puesto en el Directorio, escluyendo á Siéyes, á quien odiaba por ser el único que podía competir con él. Pero Talleyrand supo reconciliar á estos dos orgullosos personajes, que representaban papeles muy distintos, pues Siéyes podía definirse un residuo de las teorías sistemáticas de los metafísicos del siglo ya próximo á espirar, al paso que Bonaparte no podía tener más calificación que la de un ambicioso que se sentía nacido para dictar leyes al siglo nuevo. Concertaron, pues, entrambos y fingieron una combinación jacobina que diese pretexto para trasladar á Saint-Cloud el cuerpo legislativo y nombrar á Bonaparte comandante de las tropas. Así se hizo: Bonaparte llamado á prestar juramento, se presentó rodeado de toda la oficialidad, mientras por la calle iban desfilando sus batallones; y entrando en el salón con esta comitiva, elogió á los representantes diciendo: "queremos la república, la queremos fundada en la verdadera libertad, en el régimen representativo, y la tendremos; la juro en mi nombre y en el de mis compañeros de armas."

Así esquivó el juramento á la constitución vigente. Después, á la salida arengó á los soldados, y entre los gritos de *viva Napoleon!* ocupó los puestos militares y comenzó la revolución. "¿Qué han hecho, gritaba, de esa Francia que yo dejé en tanta espléndidez? Dejé en ella la paz y hallo la guerra; dejé victorias y hallo derrotas; dejé los millones de Italia y hallo leyes usurpadas y miseria. Los cien mil franceses, mis camaradas, compañeros de mi gloria, ¿dónde están? Todos han muerto."

Espressándose en este tono obligó é indujo á los directores á renunciar sus cargos, y se quedó él solo con la fuerza. Mas los consejos, advirtiéndole la dictadura que los amenazaba, se reunieron en Saint-Cloud y juraron la constitución del año III, á pesar de hallarse rodeados de tropas. Bonaparte conoció entonces la necesidad de acabar de una

vez lo que había comenzado, y habiendo entrado en el consejo de los Ancianos, protestó contra los nombres de Cromwell y de César que se le daban. "Mi celo y el vuestro, dijo, no han tenido más móvil que el deseo de poner remedio á los males de la patria: evitemos tantos desastres: salvemos lo que tantos sacrificios nos ha costado, la libertad y la igualdad. En cuanto á la constitución, todos los patriotas quieren destruirla. Pensad vosotros en salvar la Francia, y yo, rodeado de mis hermanos de armas, sabré secundaros; pero si algún orador vendido al extranjero, hablase de ponerme fuera de la ley, apelaré á mis compañeros. Reflexionad que camino acompañado del dios de la fortuna y del dios de la guerra."

Presentándose después en el consejo de los Quinientos, todos se pusieron en pie, gritando: *¡abajo el dictador! ¡abajo el tirano!* y rodeándolo le echaban en cara su traición, le dirigian preguntas y á duras penas pudo su hermano Luciano, que era presidente, contener á la Asamblea que quería ponerlo fuera de la ley. Bonaparte comenzaba ya á desfallecer bajo el peso de tantas emociones; pero Luciano sostuvo su valor; empuñó la espada y declaró que la hundiría en el pecho de su hermano si fuese traidor á la libertad. Entonces los granaderos entraron en busca de su general y lo sacaron del salón. Un momento de vacilación habría bastado para que Bonaparte corriese la suerte de Robespierre; pero él, diciendo á los granaderos que se había tratado de asesinarle, les mandó penetrar en la asamblea y dispersarla á la bayoneta, con lo cual quedó hecho dueño del poder.

Bernadotte y Moreau, cogidos de sorpresa y sin tener formado plan de antemano, no se atrevieron á ponerse á la cabeza de una oposición militar, y casi concluyó la anarquía en Francia, como cuatro años antes había cesado la crueldad, pidiéndose por todos que á la violencia de ésta y á la debilidad de aquella sucediera un gobierno robusto y ordenado cuanto fuese necesario para defender la libertad y propagarla.

#### EL CONSULADO.—CONSTITUCION DEL AÑO XIII.

El soberano pueblo francés supo por los periódicos (Noviembre de 1799), que el Directorio había dejado de existir; que se había prorrogado por cuatro meses y medio el cuerpo legislativo, habiendo sido nombrados cónsules Siéyes, Roger-Ducós y Bonaparte con poder dictatorial y el encargo de fijar las bases de una nueva constitución, de restablecer la tranquilidad en el interior, y de procurar una paz honrosa y sólida en el exterior; y por último, que á los susodichos cónsules se habían agregado dos comisiones para hacer las veces del cuerpo legislativo, las cuales, además de arreglar con los cónsules los asuntos urgentes de policía, legislación y hacien-

da, prepararían leyes reformadas y un código civil.

Después de pintados la situación deplorable del país y los males que le aquejaban, decían los cónsules: "ya es tiempo de calmar tanta agitación, de afianzar la libertad de los ciudadanos, la soberanía del pueblo, la independencia de los poderes constitucionales de la república, cuyo nombre ha servido para consagrar la violación de todos los principios.... La monarquía no volverá á levantar la cabeza; se borrarán los horribles vestigios del gobierno revolucionario; comienza una nueva era en la cual, república y libertad dejarán de ser nombres vanos."

Hízose tranquilamente un cambio tan importante; pero destruir era una cosa fácil, y ya muchas veces puesta en práctica, lo difícil era reconstruir.

Entre tanto, aunque para todos fué evidente la ilegalidad del hecho, ninguno se atrevió á hacer resistencia, porque á unos abrumaba el cansancio, y á otros halagaba la esperanza; y así el aplauso universal encubrió la irregularidad de las medidas adoptadas. Barras confiaba en la gratitud de Bonaparte: ¡qué candidez! Siéyes se había imaginado que su colega atendería á las cosas de la guerra, y le dejaría los negocios civiles; pero en la primera entrevista advirtió que acerca de todo lo que se trataba, tenía Bonaparte conocimientos ó ideas ó se las formaba facilísimamente, esponiendo desde luego su parecer como cosa resuelta, y esta experiencia le hizo decir: *Tenemos un amo que sabe, que puede y que quiere hacerlo todo.*

Pusieronse entonces en claro los desórdenes y el descuido de la administración precedente. El ejército estaba sin paga, desnudo y hambriento, el erario vacío, el papel del Estado desacreditado enteramente, el crédito aniquilado, y el agiotaje en su apogeo. El héroe que había dado la gloria á su país, restableció en él la confianza; Gaudin, llamado al ministerio de hacienda suprimió las contribuciones arbitrarias, estableció la regularidad de los pagos, y finalmente, se derogaron las leyes del terror como las de rehenes, por la cual estaban presos los parientes de los vendedores en garantía contra las demasías de éstos, y la ley contra los eclesiásticos. Devolvieronse á muchos emigrados sus bienes, dándoles permiso para regresar á Francia; en efecto, en virtud de esta providencia, volvieron Lafayette, Lally Tolendal, Carnot y Portalis; restablecieron los domingos y los demás días de fiesta, se abrieron nuevamente las iglesias de los campos y se permitió el ejercicio del culto interior (1); se

[1] A pesar de que todas las miras de Napoleon desde la época de su consulado se dirigieron á echar los cimientos de un poder despótico todo en su favor, nadie puede negar que se le debe el gran bien de haber borrado las huellas de una revolución completamente pagana, y por lo tanto destructora del hombre moral. El mezqui-

abolieron las fiestas del regicidio y el juramento de odiar toda especie de monarquía, se prohibieron las representaciones en que se ridiculizaba á las facciones subyugadas, y Bonaparte decia repetidas veces: *No mas jacobinos, no mas terroristas, no mas moderados; seamos tan solo franceses.* Destruído el imperio de los partidos, no se cometian ya actos de violencia, porque el gobierno, lejos de agitarse entre voluntades estables, tenia por su norte una voluntad robusta, guiándose por sistema y no por el arrebató de las pasiones, ó por el azar.

Sin embargo, por espíritu de partido ó mas bien por necesidad de reposo, hizo deportar

no de Mr. Thiers en su historia de la revolucion á que aludimos, tiene la desfachatez, como lo han notado varios escritores y con especialidad Vicente Giobert, de sostener que habia sido un producto de las ideas propagadas por los filósofos de la época y por los revolucionarios, el de derogar las viejas ceremonias del catolicismo, mientras que fué esta la principal causa de que haya degenerado aquel benéfico impulso que dió en sus principios la misma revolucion al progreso de la humanidad. Napoleon, conociendo tamaña verdad, puso en juego todos los resortes de su ingenio para restablecer las ideas de órden, acudiendo á las doctrinas religiosas. Ni es cierto que mas adelante se desmintió á sí mismo, dando á conocer al mundo entero, que sus buenas medidas lejos de ser el producto de profundas convicciones, no habian tenido mas objeto, que el de su egoismo y engrandecimiento; pero de esto hablaremos en otra nota, contentándonos ahora con decir que desplomado su poder la Francia no se halló sin creencias.

El punto que hemos tocado, es uno de los mas importantes, tanto por la política, como por lo moral; y es de desear que plumas muy doctas y bien ejercitadas lo desarrollen y profundicen, pues que no abraza tan solo nuestra generacion, sino tambien las venideras.

Una revolucion en que se divinizaron las criaturas á imitacion de la antigua Grecia y de Roma, no podia conducir sino al mas repugnante ecepticismo y al aniquilamiento del hombre moral. Es verdad, como nota Cantú en esta historia, que el mismo Robespierre y otros miembros de la Convencion, decretaron la existencia de un Ser Supremo y de una vida futura con premios y castigos, pero estas ideas aisladas sin las pompas de un culto exterior y el restablecimiento del dogma, no podian producir tan solo que pocos deístas no menos perniciosos que los ateos. Asi es, pues, quo un hombre como Napoleon, de mente robusta y firme en sus resoluciones, era de quien mas necesitaba el desbordado torrente revolucionario. Y nosotros creemos que si aquel gran capitán no hubiese abandonado las buenas teorías que desde un principio habia propalado, acompañándolas con los hechos, habria llegado tal vez á afirmar su poder, y á no ofrecer á la Europa un espectáculo tan nuevo y lastimoso para unos, como risueño para otros.

(Nota del traductor.)

sin formas legales, Bonaparte á cincuenta y nueve de los mas fervorosos demócratas: golpe fatal que postró al suelo á los anarquistas. Bonaparte pudiera haber adoptado medidas menos rigurosas ya que era evidente que podia llevar á cabo cualquiera arbitrariedad, pues lejos de encontrar obstáculos estaba rodeado de hombres cuyas voluntades se mostraban cada vez mas inclinadas á sujetarse á sus órdenes.

Entre las tareas cada vez mas escabrosas de un gobierno nuevo, llegaba á su madurez la época de plantear una constitucion; Bonaparte presenciaba escrupulosamente todos los debates, y Sièyes era tenido generalmente como un verdadero oráculo que abrigaba en su pecho la salvacion comun y la armonía entre la monarquía y la república. Los sucesos desmintieron las halagüeñas esperanzas porque este varón adhiriéndose siempre á sus principios y llevándolos hasta el extremo no salia nunca airoso en la aplicacion de sus teorías y previendo ó juzgando los acontecimientos á su manera no hacia mas que el papel de espectador. Tambien entonces compiló una constitucion fantástica por la cual se diferenciaban entre sí los dos cuerpos, el conservador y el opositor, la soberanía y el poder ejecutivo. Con respecto á la cuestion interesantísima del sistema electoral, para que la nacion tuviese la ventaja real y verdadera de poseer un número de representantes que en su participacion en los asuntos públicos no abusaran de su mision como ya se habia verificado con repetidos desengaños acudiendo á las ideas liberales y aun mas al sufragio universal en segundo grado, se suprimió casi toda eleccion, poniéndose una triple serie de listas de la cual debian tomarse los funcionarios del municipio de la provincia ó del Estado. La lista municipal se componia de la décima parte de los hombres de cada pueblo, elegidos directamente por los ciudadanos. Los nombrados elegian á su vez otra décima parte para formar la lista departamental cuyos individuos entresacaban de ella otra décima parte para formar la lista general. De esta última lista debian tomarse los funcionarios públicos, esto es, los individuos del gobierno, los ministros, el cuerpo legislativo, el senado, el consejo de Estado, el tribunal supremo de justicia, y los embajadores; del mismo modo que de la lista departamental debian nombrarse los prefectos, los tribunales de apelacion, los administradores; y de la municipal los jueces de primera instancia y de paz: aristocracia nueva y mas fuerte que la antigua.

El poder deliberante se componia de trescientos legisladores que contasen treinta años de edad á lo menos; y componian el poder deliberante cien tribunos que pasasen de los veinticinco años, los cuales formaban dos cuerpos que se renovaban cada año por quintas partes. El gobierno proponia las leyes por conducto del consejo de Estado. El tribunalado las examinaba por reunir en sí el ca-

rácter de representantes del pueblo y de las ideas innovadoras y liberales; el cuerpo legislativo votaba sin ventilar ni discutir, y su decision formaba ley.

Habia ademas un senado conservador vitalicio, compuesto de ochenta individuos de cuarenta años de edad cuando menos, que sin tener funciones públicas que ejercer, estaban encargados de velar por la integridad de la constitucion, y era tambien su oficio particular interpretarla.

El poder ejecutivo se reconcentraba en un gran elector vitalicio elegido por los individuos del senado conservador, cuya retribucion, á título de asignacion, ascendia á seis millones de francos, y tenia ademas guardias y palacio. Era su especial encargo recibir y despachar á los embajadores; en su nombre se sancionaban las leyes y se administraba la justicia; era su atribucion elegir los empleados entre los comprendidos en las listas; nombraba dos cónsules, uno para la paz y otro para la guerra, y podia ser llamado por el senado á tomar asiento entre sus individuos lo cual era una simulada destitucion.

Así, pues, era una mera ilusion la facultad concedida al pueblo de proponer cinco mil candidatos; y aquel senado, que no disfrutaba de otro derecho que el veto; aquel cuerpo legislativo, que no podia hacer uso de su palabra; aquel gran elector inactivo y nominal, complicaban la máquina bajo pretexto de equilibrarla con tantos contrapesos, la cual, si hubiera podido moverse con mas libertad, habria producido por último resultado una aristocracia indolente; pero sometida al impulso de un poderoso, llevó al despotismo. En la constitucion no se hablaba ni de libertad de imprenta ni de la movilidad del domicilio: sin embargo, fué aceptado gustosamente un nuevo arreglo de cosas que daban estabilidad despues de tan descompuestos movimientos, y que hacian esperar deliberaciones pacíficas despues de tan retumbantes como insustanciales arengas. Solo á Bonaparte se le ocurrió, que aquella constitucion comprometia la fuerza y la estabilidad que él juzgaba esenciales; en el gran elector le pareció ver á uno de los antiguos monarcas indolentes, ó para transcribir sus mismas palabras, á un cerdo cebado con una porcion de millones, cuyo charco era Versalles. Sièyes no se atrevió á defender aquel elevado destino que habia creado para sí, y que por lo demas no se diferenciaba por sus atribuciones á la de los reyes de la Gran Bretaña.

Era aun muy prematuro esto de poner un jefe solo á la cabeza del poder ejecutivo; por lo tanto, se conservaron los tres cónsules, uno de los cuales debia ser real y verdadero jefe, y los otros dos disfrutando del mismo título, no debian hacer mas papel que el de sus consejeros necesarios, disfrazándose de esta manera las formas de un gobierno manárquico que Bonaparte juzgaba ya como inevitable, del mismo modo que consideraba precisa una aristocracia allí en donde la mo-

HISTORIA.—43

narquía prevaleciese. En efecto, el senado no representaba otra cosa que esto, de suerte que toda la democracia verdadera quedó reducida al nombre ilusorio del tribunalado.

Sièyes se retiró al Senado con una buena recompensa por sus servicios. Hombre profundo y de una mente muy lógica cuando se trataba de profundizar las cuestiones políticas, pero fantástico y pedante en la exposicion de sus ideas, despues de haber dado impulso con su elocuencia á la revolucion, se imaginó poderla detener valiéndose de las sutilezas constitucionales. Quedaron en los cargos de cónsules Bonaparte, Cambaceres, regicidia y preclaro jurisconsulto, que habia prestado su apoyo sucesivamente á todos los poderes, cualesquiera que fuesen, y aconsejado por temor las medidas mas feroces que le sugeria su profundo conocimiento de la ciencia legal; y Lebrun, lindo escritor, y uno de los mejores administradores de la antigua monarquía.

Planteada la constitucion, los cónsules dieron término á su mensaje [Febrero de 1800], con estas palabras: *La revolucion, habiéndose fijado en los mismos principios que la produjeron, está concluida.* En efecto, nada existia ya de lo pasado; se habian establecido cánones nuevos, claros y muy sencillos, se habia erigido un edificio firme y estable, sobre bases muy firmes que hermanaban la unidad nacional con la igualdad de todos; por lo cual la generacion presente se habia impuesto la obligacion de conservarlo; pero la revolucion lejos de haber llegado á su término, apenas comenzaban entonces á madurar sus frutos y á difundirse sus ideas, á pesar de que los nuevos gobernantes pusiesen en juego todos sus medios para sofocarlas.

Los funcionarios públicos eran nombrados por Bonaparte ó mediante su influjo, por cuyo motivo le eran adictos. Elevó al alto puesto de secretario de Estado á Maret, periodista de mente fácil en producir, pero dotado de aquella medianía de ingenio tan oportuna para inclinarse á las voluntades de un grande hombre; confió la cartera del ministerio del interior á Luciano, su hermano, considerando que así le convenia por sus muchas relaciones y por su habilidad administrativa; confió á Fouché la policia, y á Talleyrand los negocios extranjeros. Este varón, de quien hemos hablado repetidas veces, vástago de una familia que reinó antes que en Francia se estableciera la unidad territorial, se habia dedicado á servir á los monarcas, y por no poder seguir la carrera de las armas con motivo de estar cojo, abrazó la clerical, no por vocacion sino como medio fácil de poder conseguir un obispado ó el capelo. En efecto logró ser elegido obispo de Autun. Talleyrand se dió á conocer desde un principio por un prelado sibarita; era libertino, adepto al filosofismo, amigo de los enciclopedistas, bien recibido, pero no sin recelo por la alta y elegante sociedad, á la